

LAS FERIAS ENTRE LA ASCENSION Y PENTECOSTES

PEDRO FARNÉS

1. Dar a estos días su plena significación

Examinando la manera como se celebran los diversos períodos del año litúrgico pensamos que quizá los días que median entre Ascensión y Pentecostés sean de los que actualmente más necesitan una particular atención. A estas ferias, pues, vamos a dedicar hoy nuestras reflexiones.

La principal deficiencia que se descubre en la manera de celebrar estos días es su *limitación a uno solo de sus aspectos*: los últimos días de la Cincuentena pascual, con frecuencia, pasan a ser sólo unas simples ferias de preparación a la venida del Espíritu Santo en lugar de vivirse como una de las partes integrantes del ciclo pascual. Y no es lo mismo un *ciclo festivo*, como es Pascua, que un *ciclo de preparación* como es Adviento en relación a Navidad o Cuaresma con relación a Pascua.

Varias causas han influido, sin duda, en esta polarización de las últimas ferias de Pascua en una simple preparación a Pentecostés: la fragmentación en la manera de ver el misterio pascual, como si éste consistiera en una sucesión de facetas (Muerte, Resurrección, Ascensión, Venida del Espíritu Santo), cada una con su fiesta correspondiente; la novena decretada por León XIII para los días que preceden a Pentecostés (1); la división de la Cincuentena Pascual en tiempo de Pascua y tiempo de la Ascensión, que *por vez primera* decretó Juan XXIII (2) y que fue explícitamente abandonada en la actual restauración litúrgica (3); y, finalmente, incluso alguno de los matices que presentan los nuevos libros litúrgicos que, si bien asumidos en el conjunto son enriquecedores, tomados, en cambio, de manera autónoma y aislada pueden desfigurar el sentido más pleno de estos días (4).

Resulta, pues, necesario insistir en la equilibrada afirmación del Calenda-

rio Romano: "Los cincuenta días que median entre el domingo de resurrección y el domingo de Pentecostés se han de celebrar como ... *un solo y único día festivo*" (5). Ni Pentecostés es, por tanto, una fiesta autónoma sino la conclusión de la gran fiesta de Pascua, ni las ferias que preceden a este domingo son unos días de simple preparación a Pentecostés, sino parte integrante de la gran fiesta de Pascua, provistas, si se quiere, de un cierto matiz singular, pero no hasta tal punto diferenciadas que lleguen a ser una etapa distinta con un contenido diferente.

2. La presencia del Espíritu Santo en la liturgia de la Cincuentena

La Cincuentena pascual, como la noche santa que la inaugura (6), celebra el tránsito del Señor de este mundo al Padre. Ahora bien, en este tránsito, Jesús, al someterse al Padre, le muestra su amor (Espíritu Santo). El Padre, por su parte, muestra también su amor (Espíritu Santo) al Hijo resucitándole de entre los muertos. Muerte-Resurrección-Ascensión-Efusión del Espíritu constituye, por tanto, un único misterio salvador en el que, por la obediencia de Jesús, recobramos el Amor que Dios nos tenía (Espíritu Santo) y del que fuimos privados por el pecado de Adán. Es precisamente bajo esta perspectiva unitaria como Pedro presenta, en su célebre discurso de Pentecostés, tanto la muerte y resurrección de Jesús como la efusión del Espíritu Santo sobre la humanidad de Cristo (7).

Pero este misterio pascual Cristo lo realiza no para sí sino en bien de los hombres. "Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación ... fue crucificado... resucitó al tercer día... subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre", confesamos los domingos en el símbolo. Por ello Pedro, en el citado discurso de Pentecostés, después de haber afirmado que Cristo "recibió del Padre el Espíritu Santo" (8) como premio a su obediencia, añade que este mismo Espíritu que inundó la humanidad de Cristo fue derramado luego también sobre los discípulos (9). Esto es, según Pedro, la razón del hecho maravilloso de Pentecostés. Si los discípulos habían recibido el Espíritu era porque de la plenitud de Cristo se desbordó sobre los hombres sus hermanos. También Juan tiene una visión parecida: comentando la promesa que Cristo hiciera en la fiesta de los Tabernáculos de que manaría de la entrañas de quienes creyeran en él el agua viva, es decir, la abundancia del Espíritu, añade: "El Espíritu aún no había sido derramado porque Jesús aún no había sido glorificado" (10). Es en este mismo sentido como con frecuencia los Padres comentan las palabras con que Juan relata la muerte de Jesús: "reclinando la cabeza entregó el Espíritu" (11) significa, dicen, que por la obediencia amorosa de Jesús, los hombres recibieron el Espíritu Santo, es decir, se restauró la amistad de Dios con los hombres (12).

No puede, pues, extrañarnos que el Espíritu Santo esté tan presente en los textos litúrgicos de la Cincuentena pascual, sobre todo en los de la Li-

turgia de las Horas. Sería largo hacer un elenco completo de los mismos. Citemos, como simple ejemplo, algunas de las preces de la Liturgia de las Horas de estos días:

- Derrama el fuego del Espíritu Santo sobre los que has querido fueran testigos de tu resurrección (Vísperas, domingo de Pascua y domingos III, V).
- El Espíritu Santo dio vida a la humanidad de Cristo (Vísperas, lunes de Pascua y lunes III, V).
- Conduce por el Espíritu Santo a la Iglesia al conocimiento de la verdad plena (Id).
- Tú que comunicaste el Espíritu Santo a los apóstoles, renuévanos por el Espíritu Defensor (martes de la Octava y martes III, V).
- Ilumina hoy nuestras mentes y santifica nuestra jornada con la gracia de tu Espíritu Santo (Laudes, miércoles de la octava y miércoles III, V).
- Por tu Hijo glorificado envía sobre tu Iglesia el Espíritu Santo (Vísperas, domingo de la Octava y domingo IV VI).
- Tú que por medio de tu Hijo resucitado has derramado sobre el mundo el Espíritu Santo, enciende nuestros corazones con el fuego de este mismo Espíritu Santo (Laudes, lunes II, y lunes IV, VI).
- Haz Señor que la fuerza del Espíritu Santo nos fortalezca (Laudes, miércoles II y miércoles IV, VI).
- Vivifícanos, Señor, con tu Espíritu Santo (Laudes, viernes II y viernes IV, VI).
- Tú que muerto en la carne fuiste devuelto a la vida por el Espíritu, haz que nosotros, muertos al pecado, vivamos también de tu Espíritu (Vísperas, viernes II, y viernes IV, VI).
- Haz que cuantos anuncian el Evangelio a los hombres vivan en tu Espíritu. (Id).

Otro ejemplo de la presencia del Espíritu Santo en los textos de la Cincuentena, especialmente importante por la frecuencia con que se usa, lo tenemos en algunas de las lecturas breves de la Liturgia de las Horas. Al Espíritu Santo se alude en cada una de las semanas del tiempo pascual en la lectura breve de Laudes, Tercia, Sexta y Vísperas de los jueves y en Laudes de los viernes. Sobre todo el fragmento de Laudes de los jueves merece ser destacado porque en él Pablo, siguiendo la misma línea del discurso de Pedro en Pentecostés, atribuye al Espíritu Santo (13) tanto la resurrección de Jesús como, en conexión con ella, nuestro futuro y definitivo tránsito pascual: "Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros" (14).

3. Las alusiones al Espíritu Santo se vuelven más frecuentes en los últimos días de la Cincuentena

Si es verdad que toda la Cincuentena pascual, como hemos visto, se distingue por una marcada presencia del Espíritu Santo, también lo es que esta presencia, hacia el final de la Cincuentena, se hace cada vez más intensa. Este evidente “crescendo” —es importante subrayarlo— no empieza bruscamente al día siguiente a la Ascensión sino bastante antes (15). Así, por ejemplo, los textos evangélicos del domingo VI (16) y de las tres ferias siguientes están ya totalmente consagrados a la Venida del Espíritu Santo. Pero es, sin duda, en los días que median entre la Ascensión y Pentecostés cuando la referencia al Espíritu alcanza su mayor intensidad; por ello el Calendario Romano puede afirmar que “las ferias que van de la Ascensión al sábado de Pentecostés preparan la venida del Espíritu Santo Paráclito” (17) sin que ello contradiga, con todo, la anterior afirmación de que los cincuenta días forman *una sola fiesta*.

En estas últimas ferias la preparación para la Venida del Espíritu Santo se celebra sobre todo en Vísperas. En ellas —pero sólo en ellas— tanto el himno como el conjunto de elementos que van desde la lectura breve hasta el fin de la hora están consagradas a la venida del Espíritu. Pensamos que para vivir con un enfoque teológico y espiritualmente correcto el significado del Don del Espíritu resulta muy importante que, junto al matiz de preparación a Pentecostés que presentan las Vísperas, en las restantes horas se continúe subrayando el ritmo habitual de la Cincuentena (18) centrado en el triunfo pascual de Jesús y de su Iglesia. Ello evitará que quede dividida la Cincuentena en un tiempo de Pascua y un tiempo de la Ascensión y, sobre todo, contribuirá a evitar que el Don del Espíritu aparezca y se viva como si fuera independiente de la Resurrección-Ascensión del Señor, como una “nueva devoción” al Espíritu Santo que sigue a la “devoción” a Jesús resucitado.

4. Algunas orientaciones prácticas para la celebración de estos días

Para lograr que, por una parte, no se pierda la unidad de la Cincuentena y, por otra, se subraye el matiz propio de estas últimas ferias sugeriríamos lo siguiente:

— Distinguir bien las Vísperas de las restantes horas. Sólo en Vísperas hay que subrayar el carácter de preparación a Pentecostés; en las restantes horas, en cambio, hay que recalcar las características comunes de la Cincuentena. En concreto, el himno de todas las otras horas no debe aludir a la Venida del Espíritu Santo (esto es propio del día de Pentecostés). Los dos himnos que presenta la Liturgia de las Horas de España para el día de la Ascensión *Y dejas, Pastor santo* y *No; yo no dejo la tierra* son también muy apropiados tanto para el Oficio de lectura como para Laudés de las ferias que median entre la Ascensión y Pentecostés.

— En Vísperas sería aconsejable *cantar* cada día el himno (19).

— Para subrayar la lectura breve de Vísperas, que diariamente alude al Espíritu Santo, en el material de este número de Oración de las Horas (p. *21.*24) ofrecemos una monición-homilía que podría leerse a continuación de esta lectura breve.

— Con referencia a la celebración eucarística subrayaríamos también la importancia de la rúbrica que precede a los prefacios de la Ascensión; según ella en los días que median entre la Ascensión y Pentecostés pueden usarse *tanto los prefacios de Pascua como los de la Ascensión* (antes de la reforma se podía usar sólo el de la Ascensión, porque el tiempo de la Ascensión era distinto del de Pascua). Usar alternativamente estas dos series de prefacios ayuda a evitar que las ferias que siguen a la Ascensión aparezcan como un “Tiempo de la Ascensión” distinto del “Tiempo de Pascua”; continuar oyendo los textos que cantan la resurrección ayudará a unificar estas últimas ferias con las restantes de la Cincuentena.●

-
- (1) Esta novena nace en un tiempo en que, porque el pueblo vive al margen de la liturgia, “las devociones” constituyen, por así decirlo, un año litúrgico paralelo; por ello esta novena tenía gran resonancia. Hoy, recuperada la primacía de la liturgia, esta novena no puede continuar representando el mismo papel que tuvo en tiempos de León XIII.
 - (2) Cf. Codex rubricarum n. 76.
 - (3) Cf. Calendario Romano n. 22.
 - (4) Véase con respecto al peligro de desfigurar la unidad de estos días lo que decimos de los himnos y prefacios de las últimas ferias en el apartado 4 de este artículo.
 - (5) Calendario Romano n. 22.
 - (6) Cf. Misal Romano. p, 274, rúbrica del Sábado Santo.
 - (7) Cf. Hch 2, 29. 32-33.
 - (8) Cf. Hch 2. 33.
 - (9) Id.
 - (10) Jn 7, 39.
 - (11) Jn 19, 30.
 - (12) Es posible e incluso probable que sea *el mismo Juan* quien al decir que Jesús “entregó el Espíritu” aluda al Espíritu Santo. De hecho, este evangelista modifica la expresión sinóptica “expiró”, cambiándola en la frase de doble sentido “entregó el Espíritu” (Véanse a este respecto los comentarios científicos del evangelio de San Juan).

- (13) Cf. Hch 2,33.
- (14) Rm 8,10-11.
- (15) Por ello la presencia del Espíritu no se limita a sólo una novena al Espíritu Santo como la decretada por León XIII.
- (16) Aluden al Espíritu Santo los evangelios del domingo VI en los ciclos A y C (no en el B). En España esta alusión al Espíritu Santo no se da necesariamente, porque, traslada la Ascensión al domingo VII de Pascua, en el domingo VI puede leerse o bien el Evangelio que alude al Espíritu Santo (correspondiente a este domingo VI) o bien el que correspondería al domingo VII que no tiene alusión al Espíritu Santo, sino que es un fragmento de la oración sacerdotal de Jesús.
- (17) Cf. Calendario Romano n. 26.
- (18) Es lástima que en la edición española de Liturgia de las Horas se ofrezcan himnos del Espíritu Santo también con relación al Oficio de lectura y a Laudes. Sobre todo el himno de Laudes es evidentemente impropio de estos días, pues no pide la venida sino que celebra ya el momento de Pentecostés. La edición latina de Liturgia de las Horas y la edición castellana de Colombia México indican para el Oficio de lectura y Laudes de estos días el mismo himno de la Ascensión; sólo en Vísperas el himno pide la venida del Espíritu Santo.
- (19) COLS: *Celebración cantada de la Liturgia de las Horas*, fascículo 10, como himno ofrece musicada la versión de la secuencia *Veni Sancte Spiritus* tal como aparece en el Leccionario oficial de España para el día de Pentecostés (Cf. Leccionario B, p. 164). La versión oficial de la Liturgia de las Horas ofrece el mismo texto pero con una versión distinta (Cf. Vol. II, p. 815). Este texto puede usarse tanto el día de Pentecostés como en las ferias de después de la Ascensión. En cambio, los himnos del citado fascículo *Para romper las fronteras y Espíritu de Dios, la tierra llenas* son exclusivos del día de Pentecostés. Es lástima que en la edición española de Liturgia de las Horas no se haya incorporado la bonita versión clásica del *Veni Creator* (cuyo contenido es más denso que el de la secuencia) debido a la pluma de Fray Diego González (+1749).